

EMPLEO TECNICO

CALIDAD DE TRABAJO.

Es el primer requisito moral. Sin él, imposible la honestidad en la profesión. Se falta a ella si la clase de trabajo no corresponde a la altura de la carrera: se quitarían plazas a los titulados inferiores inmediatos, a la vez que se enterraría talentos o potencialidades que determinada preparación suponen, con menoscabo de la riqueza industrial y el progreso.

Todo cometido que un perito adiestrado o un inteligente ayudante puede satisfacer, *debe* dejarse en sus manos, aunque la prudencia aconsejará alguna función supervisora.

Hay trabajos que sólo requieren al ingeniero para su puesta en marcha. Detenerse en ellos es renunciar a su jerarquía. Hallado el nuevo tipo compresor, el ingeniero debe pasar a nuevos campos de investigación. Montada técnicamente la organización del fichero en una gran manufactura, apenas tendrá ya que ocuparse en ello por sí mismo. Hemos visto languidecer en oficinas excelentes ingenieros, doblados sobre planos, proyectos, gráficos estadísticos, entretenidos en iluminarlos con las siglas correspondientes: labor demasiado inocente aun para el ayudante.

Ocuparse unos pocos días en quehaceres inferiores a su capacidad es útil como recorrido que ensancha los dominios prácticos de la ciencia adquirida. Sólo como breve entrenamiento son aceptables. Más, no.

Sobre las razones expuestas hay otra, intrínseca al ser de ingeniero. Su nombre deriva de «ingeniar»¹. Ese es su oficio: la exploración técnica. La inquietud científica debe arder en su empleo. *Crear, inventar*, es su misión

¹ Como curiosidad histórico-literaria, recordamos aquí la estrofa de Pero López de Ayala en que, por primera vez en nuestras letras, hemos tropezado con el nombre de «ingenieros» («Rimas de Palacio», n.º 516):

«Derraman galeotes, derraman ballesteros,
E bueyes, e carretas, e otros omnes lançeros,
E para faser piedras y vienen los pedreros,
E enbían a Burgos, llaman los ingenieros.»

propia. Sólo se hace honor a su categoría, empleándose como factor de multiplicación, mientras otros cooperadores pueden ser meros sumandos. Su mente batidora hallará nuevos métodos o mejoras. Una entrañable energía de genio tiene que brotar de su hacer.

Si contrastamos su misión con algunos de sus quehaceres, nos explicaremos en parte el atascamiento de nuestra industria. ¿Cómo se mantienen oficinas de proyectos de máquinas o instalaciones, en las que se repiten sólo con ligeras variantes, pequeños motores, conocidas instalaciones de alumbrado, vulgares transformadores de distribución? El ingeniero que termina en esos trámites recuerda un brazo que se ha ejercitado durante largos años para terminar en un muñón. Las agonías del ingreso en carrera, las cinco o más anualidades escolares, con el prestigio académico y social de que se ven rodeados, recordaría el terremoto de la fábula: la gran montaña que se hallaba de parto, con bramidos atronadores, y que acabó por dar a la luz un minúsculo ratón.

A veces por falta de espíritu, otras por cortapisas patronales, el técnico sucumbe a tácticas de chapucería. La preocupación por lo económico inmediato, le hace capitular ante las cosas «que son así». Al principio con pena. Luego, sin ella. Se apaga, pues, la llama científica, con tanto afán encendida.

SUGERENCIAS PRÁCTICAS.

Acierto en la primera o primeras colocaciones. Guiarse más por el llamamiento interior que por el cebo exterior del sueldo, o la oportunidad. Si la necesidad obliga a alistarse pronto en el trabajo que se ofrece y no se está bien seguro de adaptarse por vocación, declarar desde el principio el carácter auténtico de prueba o tanteo.

También ayudarán los entrenamientos que los veranos hayan permitido. Quien se ha relacionado con varias empresas en plan de aprendizaje profesional, con otras buenas ventajas, posee la de una mejor orientación sobre los quehaceres que riman con su afición.

Tanto la dirección como los subordinados comprueban con frecuencia que el novel ingeniero habita en las nubes. Preñado de teórico saber, desconoce procedimientos prácticos, carece del sentido de las cosas, y, lo que es peor, de las personas. Nunca se recomendará lo bastante el previo entrenamiento práctico, así como la discreción y la humildad observadora, que nada tiene que ver con la timidez.

En posesión ya de su cargo, conviene desechar todo espíritu *posesivo*. La inquietud científica, es indicio de salud profesional. Es conveniente ilustrarse sobre la especialidad que se acomete. Algunos compañeros de edad suministrarían con gusto indicaciones valiosas. A las experiencias inmediatas conviene añadir el estudio teórico, la visita a industrias afines, la discusión con otros más entendidos, la búsqueda en los revisteros.

Es cuestión de espíritu voluntarioso y alerta. El afán detector hallará

salida al progreso. Cualquier cosa antes que el detenimiento. Hay dos rutinas: la heredada y la creada por sí mismo. Es apremiante la responsabilidad de aumentar el caudal recibido por los antecesores. También apremia la de elevar, al paso de los meses o los años, la fortuna que hemos allegado. El crecimiento es una ley biológica dentro de la profesión ingenieril. Sin espíritu innovador, no se obedece al imperativo de la naturaleza profesional. Crecer por respeto a sí y a la sociedad.

Decimos innovador; pero no innovacionista. Se trata de dar, creando o explorando, con auténticos métodos nuevos, seriamente acrisolados; no de sumarse a cualquier novelería sin base científica.

¿Qué novedades perseguirá en su afán? Artículos *nuevos*. Productos *mejores*, de superior calidad. Métodos de reproducción de los mismos, más rápidos, más económicos. Eficiencia mayor en los empleados. Mejores aprovechamientos de material, tiempo, movimientos, etc. Relaciones entre el personal. Atmósfera más sana, cordial y materialmente.

La forma de conducirse, sin embargo, nada tendrá de vendaval. Es anti-pático quien entra con aires de reformador. También despierta animadversión quien en algún sentido da la impresión de enseñar a los demás cómo enderezar una empresa. Aunque se le confíe con claridad la misión de transformar los sistemas rutinarios, la humildad y el tacto son indispensables para su logro, sobre todo si buena parte de la plantilla pertenece al estilo que se va a derrocar. La insinuación de la menor novedad requiere exquísitos tanteos para que germine del conjunto.

Cuando uno no está investido de tales funciones y se acoge a una empresa de porte y tradición, tiene el peligro a veces de desalentarse o de adaptarse al compás quizá anticuado del trabajo, sintiéndose a la vez desterrado en el rincón de su especialidad. Pero todo técnico que confíe en lo suyo, no será por mucho tiempo ignorado de su empresa. El coraje o el tiempo empleado será mayor; pero el éxito estará más garantizado.

CANTIDAD DE TRABAJO.

Aquí se plantean varios problemas. Primero, el de la monogamia laboral. Es muy recomendable la exclusividad del empleo. No hay otro modo de consagrarse a él. «Nadie puede servir a dos señores». Lo aseguramos por experiencia de muchos. Decae la calidad y la seriedad. Por fuerza, las interferencias de tiempo sobrevendrán. Hay que desatender una o dos ocupaciones. Los imprevistos se multiplican. Cuando por fuerza mayor nos hacemos a llevar un asunto a medias, tendemos a persuadirnos que la atención que le prestamos es suficiente. Sin darnos cuenta, nos sacudimos buena parte de responsabilidad. ¿Qué impresión se da, además, a las huestes de empleados que advierten esas jornadas menguadas, esas desapariciones, esas vueltas precipitadas, esa labor mellada en todo su contorno? ¿Qué impresión si, además, saben o sospechan sus ventajosos emolumentos?

El peligro es más serio en las plazas oficiales. Por tratarse de una labor

pública, en servicio a la comunidad, la ejemplaridad tiene que ser mayor. En algunos departamentos y oficinas damos al pueblo a veces una impresión desoladora, en contraste con lecciones de asiduidad de otros funcionarios. Sería más triste la composición de colonias en que peritos, ayudantes o ingenieros se repartiesen un escaso trabajo. Vemos indicios de vigilancia contra estos tumores. Hemos sabido de ejemplares operaciones de limpieza. Se ha conseguido en forma automática, por la exigencia seria del horario.

Si acá o allá existen estos hábitos de laxitud o abandono, constituyen importante inmoralidad. No dudamos en calificar la posición del técnico como de pecado grave. El hecho de que los jefes lo toleran no exime de responsabilidad, aunque fuese una costumbre general. Sencillamente, se defrauda a la sociedad, además de provocar o consagrar un estado de atonía laboral. ¿Cómo proceder quien se viese en semejante clima? Despertar en privado la dignidad de algunos capaces de sentirla. Luego informar a aquellas altas jerarquías de las que se espere buena acogida. Proponer soluciones concretas, más conformes con la tranquilidad de conciencia y la eficacia laboral. El adiós o la dimisión sería aconsejable si, no ocasionándose un gravísimo trastorno económico, produjese algún efecto saludable. En cambio, si se sabe que su puesto caerá en manos desaprensivas, agravando el mal, no lo recomendaríamos. En todo caso quedaría en pie la responsabilidad de seguir mejorando la solución.

Las plazas oficiales, si no se ocupan con espíritu de servicio, se convierten en plataformas de egoísmos e irregularidades. Si no se ejercen con sutil sentimiento de justicia, llevan a favoritismos y desembocan en clima de camarilla. El peligro acecha cuando se buscan también por cierta tendencia burocrática, de «entrar en posesión» de un medio de vida. Nada más opuesto a la vocación de ingeniero como el talante «posesivo» en su colocación. «Tomar posesión» indica cierta quietud de meta alcanzada, que traiciona su llamamiento a crear.

Al hablar de la remuneración, indicamos la inmoralidad que con facilidad se cometería por la simultánea gestión de múltiples empleos. Una escrupulosa conciencia profesional prohíbe admitir cargos que no pueden desempeñarse a la perfección, porque otros empleos anteriores absorben racionalmente la jornada normal. El «enchufismo» de los de arriba provoca la desmoralización en los de abajo.

Por exceso, se peca contra la laboriosidad con la sobrecarga. El «pleno empleo» tiene diversos matices: jornadas sin límite de horario; contrato excluyente de toda otra actividad profesional, implicado en ciertos casos hasta labores particulares, en casa; jornadas que de hecho se alargan una o dos horas diarias, siendo mal visto el técnico que no se ajustase a esta costumbre. ¿Cómo enjuiciar tales situaciones?

El contrato en exclusiva absoluta, aun de personales quehaceres violenta demasiado al asalariado. Sin la última condición, es más admisible y a veces aconsejable. Ya se entiende que a mayor sujeción profesional responderá, por justicia, mejor retribución. Vemos un serio peligro en incluir la renuncia

a las actividades personales. Nos consta por algunos casos. Aparecen oportunidades de iniciar un asunto propio. El ingeniero asalariado, se debate en conciencia. Expondría mucho denunciando el contrato con tiempo y retirándose, ya que se trata de un porvenir sin garantía. Por otro lado, hay que recomendar el espíritu de empresa. Está bien soñar con establecer alguna pequeña industria. Así, pues, nos parece improcedente y aun arriesgado en conciencia el contrato en exclusiva absoluta, aunque en sí no está vedado.

Las industrias de importancia emplean en ocasiones métodos prácticos para estabilizar su personal calificado. Consiste en el disfrute de diversas ventajas, particularmente de índole económica, que vinculen a los que valen. Así esposados, les resulta difícil remontar el vuelo hacia otra parte. La legitimidad de estos procedimientos quedará a salvo siempre que, por un lado, la retribución en metálico del salario equivaiga a su eficiencia, no mermándose éste con aquellas ventajas que «esposan», y por otro no constituyen por su exceso un contraste escandaloso con los sectores más humildes. La estrategia más limpia consistirá en la «integración» del ingeniero en la empresa, participando en sus beneficios y accediendo al accionariado. Las otras cadenas con facilidad pueden manchar.

Las horas excedentes de lo normal *en sí* son desaconsejables. Absorben la capacidad humana, cultural y social del técnico, que debería conseguir un equilibrio mejor en su jornada. Le limitan también la atención a la familia, con la educación de los hijos. Roban a la esposa en parte su patrimonio, no sólo por las dos horas menos de convivencia, sino porque recibe a horas tardías un hombre derrotado por una jornada agotadora.

Sin embargo, encuentra justificación, si nos consideramos en tiempos de emergencia: la expansión industrial exige una intensidad mayor de rendimiento; el alto coste del ingeniero en una empresa, aconseja la reducción del primero; luego los viajes de unos, las enfermedades de otros, fuerzan a repartirse nuevas responsabilidades. A la necesidad se añade el señuelo o la conveniencia de hacer unos ahorros.

En la presente economía hemos de admitir su tolerancia. Pero no está bien. Además, se paga. Conocemos casos de técnicos que han sucumbido a la carga, con crisis desastrosas de nervios. Hemos visto aviejar con rapidez a otros, o decaer su humor. Es un atentado importante a la propia salud y a la felicidad de los suyos. Si alguien, por temperamento, necesita una actividad de doce horas, enhorabuena. Lo inmoral es someter a la comparsa al mismo activismo.

Dos indicaciones solutorias: evitación de la tacañería en el cuadro de ingenieros, y mejor organización del trabajo. Es un abuso cargar sobre cinco la labor de ocho. Por miedo a quedarse un día lejano con un cuadro de técnicos superior a las necesidades, se escatima la colocación de otros, con serio detrimento de los que llevan el peso de la industria. Hay casos de lástima. Han transcurrido años con la misma premura y sin solución. Con métodos científicos de trabajo y disciplina, la eficiencia de un hombre se

multiplica. Por último, la ciencia de descansar o no fatigarse en el trabajo, mantendrá vivas las fuerzas creativas.

DESIGUALDADES.

Como en la remuneración, en el empleo tropezamos con idéntico problema. Son funciones correlativas. La insatisfacción por el puesto proviene por incumplimiento de los ofrecimientos que hizo la empresa o por amargura ante los que prosperan mejor.

El novel ingeniero piensa con frecuencia en una colocación de *porvenir*. Quizá no tiene una idea exacta de su sentido. Vagamente pretende ingresos crecientes y ensanchamiento de su posición profesional, ya en la especialidad técnica, ya en puestos de dirección. Piensa también en una firma que amplía y así asegura el radio de acción de sus ingenieros.

Es sana la pretensión, con tal que modere sus impaciencias. La conquista no es victoria fulminante, sino bloqueo y tesón, con alternativas. Cuando se rompen las primeras lanzas se imagina uno que cada golpe es un triunfo. Hay que reprimir estos espejismos. Aceptar la ley del trabajo, que es ante todo penalidad. Hay que contar con fracasos. Curten a quien recibe con valor su enseñanza.

Los que entran en liza, necesitan incorporarse este estilo. Quienes los reciben necesitan ser sobrios en sus promesas, a fin de ser algo generosos en sus obras. Son innumerables los peritos e ingenieros decepcionados porque a los seis meses no les elevaron al puesto indicado. El director da a entender en sus conversaciones preliminares con cierta vaguedad que, si quiere y cuaja, hallará el paraíso. Son perspectivas engañosas. A menudo no se hacen realidad. Ya tenemos a un descontento. Es frecuente.

Los atascamientos duelen más si contrastan con los progresos ajenos. Un compañero de la misma promoción, que sube. Alguien de promociones posteriores, que después de algunos años se encarama a funciones más altas. Carreras de inferior nivel que le aventajan a uno.

El dolor, siendo síntoma de enfermedad, produce salud: despierta al tratamiento idóneo. Bueno es, por tanto, el sentimiento siempre que impulse a la lucha noble, sin sucumbir ni al desfallecimiento, ni a la envidia.

La economía divina en este destierro de prueba se basa en la desigualdad. Talentos desiguales en todos sentidos. ¿Por qué un ingeniero o un químico se va a sentir con derechos absolutos sobre un perito? Si a él le duele la «injusticia» de que el «intruso» le haya ganado una plaza de su categoría, ¿no podrá quejarse el otro de que la vida le haya cortado a él el camino a la ingeniería? Toda la sociedad debería vivir en la amargura, y con razón, si no se acepta el *régimen providencial de las desigualdades*. Lo noble es aceptar que, ya que tantos compatriotas quisieron y se vieron impedidos para ser como yo, les quede al menos a unos pocos la posibilidad de llegar a la misma meta con esfuerzos sobrehumanos. ¡Qué verdad es que quienes sin la jerarquía académica correspondiente escalan esas alturas, se lo han ganado a

pulso y son dignos de admiración! Hay derecho a eso, sobre todo en una sociedad que, por su estructura, rechaza a grupos importantes hacia categorías más bajas, porque la vida les apremia y ya no es posible seguir intentando. ¡Cuántos de los compañeros naufragados tenían cualidades sobrantes para la ingeniería! La vida ha sido *injusta* con ellos. ¿No le vamos a permitir a unos pocos, esos estrechos y empinados accesos en servicio de la sociedad?

Sin espíritu deportivo no debe acudir al estadio. Sin deportividad, se lucha deslealmente en el trabajo. También se sufre por deslealtad consigo mismo. Se arriesga uno cuando hambrea puestos de relumbrón o tira hacia los éxitos ajenos. No todos poseen idénticas cualidades. La trayectoria del otro, ¿por qué ha de ser la mía? Yo tengo mi camino, mi destino peculiar, al que concurren con mis prendas, las disposiciones de la providencia. Hay que ser fiel a la vocación personal. Disponer los medios para la prosperidad, y ceder al Padre que está en los cielos algunas bazas en el juego de la profesión.

Quien se obstina en ser eficiente, en alcanzar la primacía profundizando encarnizadamente sobre la humilde esfera que ocupe su jornada, será en su género una emnencia: tendrán que contar con él; en cierta medida, se hará indispensable; tirará hacia lo alto. ¿Que otros consiguen a más velocidad o con menos sudores un puesto brillante? Allá ellos. No importe el parecer, sino el ser. La pulcritud y el mérito sobrepujan todo éxito fácil. Es mejor ser exacto que tener éxito.

Entonces se ama el trabajo, por que está revestido de la dignidad de uno. El cariño es fácil. Se vive en atmósfera creadora de entusiasmo. Se inventa y se ingenia. La actividad profesional se vierte gloriosamente en la creación de una «empresa».

Tal actitud debe defenderse de un vulgar escollo en el que tantos chocan, naufragando: el descontento hacia la dirección. En casos *llamativos* de incompetencia y abandono, es natural; si no se esperase remedio, estaría bien la retirada. Siempre que no se llegue a semejantes extremos, el malestar procederá en buena parte de la innata tendencia a la insatisfacción. Se desarrolla en almas menos nobles, lo mismo que en las demasiado idealistas: están dominadas por un ansia de justicia inmaculada, por un anhelo de plenitud que los vuelve irritables contra cualquier realidad inajustada a su ideal de geometría. La experiencia nos enseña que en ninguna industria se halla la dirección ideal. En todas partes hay algún descontento, y con razón, pues no hay hombre que responda a las exigencias idealistas de todos sus subordinados. El cotilleo siempre tendrá *motivos*. Mas con frecuencia carecerá de *razón*: es ilógico, hasta inhumano, esperar de jefes con limitaciones gerenciales de perfecta ejecución. Es fácil que alguien lo hiciese mejor que él. Es imposible que alguien lo haga a plena satisfacción de todas las idiosincrasias. Hay que hacerse hombres, llenos de indulgencia y de aguante. De lo contrario, en todas partes sufrimos y haremos sufrir.

PUESTOS DE DIRECCIÓN.

Como regla general, no es preciso estimular en ese sentido. Aunque no estuviesen acompañados de mayor retribución, la natural complacencia del mando, con su jerarquía social, empuja tras ellos. El deseo es legítimo, aunque, como todo afán sobre la tierra, pueda empañarse con motivos menos nobles.

¿Son compatibles con el espíritu estrictamente científico de la profesión, es decir, aunque nada tengan que ver con la dirección técnica de la empresa? Creemos que el acceso a funciones de jefatura, sin vínculo inmediato ni *directo* con los conocimientos de la carrera, es aconsejable por varias razones.

Tales puestos se cumplen mejor si el sujeto conoce bien los aspectos económicos y gestores de la empresa. De otra forma, junto al hombre de negocios caminará a distancia, como paralelas que nunca se encuentran. Hemos oído a bastantes patronos quejarse de la disociación existente entre las dos ramas directivas de la producción: científica y gestora. El empresario es un hombre de negocios, desconocedor de los problemas que se refieren a la técnica industrial. El ingeniero, con sus elevadas matemáticas y aun con sus conocimientos prácticos de maquinaria, proyecta excelentes planes; pero, inexperto en las dificultades financieras y de la vida, choca con el sentido práctico de su patrono. La compenetración no es viable en ocasiones. El progreso es casi nulo, pues las fuerzas que lo deberían empujar tiran en sentido divergente.

Cuando las dos piezas de hombre de negocios y técnico o industrial se ajustan en un mismo mando, los resultados se multiplican. Entonces la irradiación tecnológica de la ingeniería alcanza su plenitud, así como su altura en la sociedad. El anhelo pontificio de que los ingenieros ocupen la categoría que les corresponde en la renovación social, se verá más fácilmente cumplido de esta manera.

Ello supone que el *hombre* sobrevive y se madura en el técnico. Temperamento, trato, cultura general, visión de la vida, asimilación del genio o la formación empresarial, con sus derivados de economía, comercio, psicología, sociología y relaciones. Lo cual requiere estudiar y vivir, a la par que cierta innata intuición del negocio.

No se puede decir que tales actividades le arrancan al técnico de su órbita: sólo le separan del estrecho corredor de su especialidad, remontándole a espacios en los que los sustratos tecnológicos alimentan una influencia global en la producción para mayor bien de la sociedad.

¿Será necesario recordar la parsimonia con que avanzar hacia los puntos de dirección? A no ser que preocupaciones y estudios previos le hayan capacitado a uno, en los primeros años de la profesión no se ejercerán altas funciones directivas. Tampoco tarde en demasía, maduros, cuando el espíritu de iniciativa se hubiese enfriado. Con todo, haría más daño la prisa desenfrenada. No arranquemos del árbol la fruta verde.

Alcanzadas las más elevadas jerarquías en la empresa, no hay que *instalarse* en ellas. Como dice Pemán de los académicos de la Lengua², les es peligroso recostarse en el sillón: sigan al borde, echados hacia adelante, alertas para captar los nuevos movimientos que aspiran a regir la vida. El gerente que no vive asomado a las nuevas conquistas industriales será arrollado bien pronto.

NORMAS PARA EL QUE EMPIEZA.

Está sin hacer. No es todavía ingeniero ni perito. Es puro programa. Cuando España consumaba su reconquista, *empezaba* su amanecer: la obra de descubrir y conquistar a que Dios la llamaba. El diploma no trae la tranquilidad, sino el quehacer de la guerra.

Un recién graduado se presentó al director del Colegio de la Trinidad para despedirse por haber terminado su formación. Respondió al director: «Pues yo la estoy comenzando»³.

Seguir estudiando. El mundo científico no se detiene en el punto en que yo cierro los libros.

Empeñarse en sobresalir en alguna modesta actividad, sin deslumbrar a los demás. Dijo Emerson: «Si un hombre sabe componer un libro, predicar un sermón o construir una ratonera mejor que su vecino, aunque tuviera su casa en medio del bosque, las gentes abrirían camino hasta su puerta»⁴.

Lo confirma con el herrero David Maydole. Recibió en una apartada aldea el encargo de forjar un excelente martillo lo mejor que supiera. Respondió que se aplicaría, aunque quizá el precio no le gustase. El carpintero contestó que sí, con tal que fuese de primera calidad. Por medio de un ojal mayor que los acostumbrados logró Maydole sujetar la cabeza del martillo de modo que nunca saltase. Los compañeros de trabajo se apresuraron a encargarle otro igual. Se multiplicaron los pequeños encargos hasta que un ferretero neoyorkino que pasó por allí le adquirió los existentes y se comprometió a comprarle cuantos fabricase. Siguió perfeccionándose y Maydole recorrió el mundo estampado en sus martillos.

Entusiasmo y fe deben revestirse de humildad. Nada más intolerable que dar la impresión de reformador. Tampoco gusta el fragor de vendaval o tormenta. Buena es la eficacia callada, que avanza de puntillas.

Evitar lastimar las ideas o posiciones de otros. Son más susceptibles los subordinados. Por caridad hay que insinuarse en forma positiva. Además por prudencia, para no hacerse daño. Se cae en una situación de infierno cuando se pisa al ayudante o subjefe de colmillo retorcido, que se siente irrempla-

² Artículo «El sillón», publicado en *A B C*.

³ MARDEN, *Abrirse paso*, VII.

⁴ MARDEN, *Siempre adelante*, VIII.

zable por el momento, gracias a sus conocimientos prácticos, de los que el novel ingeniero necesita saber.

Un ingeniero decía: la inmensa mayoría de los fracasos no se deben a deficiencias técnicas, sino a falta de tacto y de mano izquierda.

La ostentación molesta al sector patronal y al subordinado.

Por su puesto intermedio entre capital y trabajo, el ingeniero tiene que ser capaz de ponerse el mono y engrasarse, esgrimir la llave inglesa y, a la media hora, asistir de punta en blanco a una fiesta de sociedad, aunque sólo sea para jugar un papel airoso en la comedia humana.

Tenacidad para hacer frente al oleaje de dificultades y fracasos: «Más admirable —que el fácil triunfador— es el que, habiendo tropezado al dar el primer paso, afirma los pies y sigue adelante»⁵. Y Carlyle nos dirá: «Toda empresa parece imposible al principio»⁶.

No hace mucho cierto hijo de Galicia recibió a sus treinta y cinco años, por servicios a la sociedad, un homenaje en el hotel Palace. Le asistió un ejército de 600 comensales, no pocos de supremas categorías. El último de los seis discursos, a cargo de un amigo de la infancia, le ofreció un excelente consejo, después de exponerle el peligro de triunfo tan temprano: «Olvida todo esto. Olvida esta medalla del Trabajo. Olvida este día. Que todo esto no te lleve a separarte de la verdad y del trabajo.»

Simpatía por la esperanza de establecerse o crear algo nuevo.

Poner corazón en la profesión, a pesar de las miserias propias y ajenas. Darle su oficio de brújula imantada de fe, amor y entusiasmo, siempre lastrado de humildad.

M. SANCHEZ GIL, S. J.

⁵ CARLOS F. FOX, en *La fuerza de la voluntad*, de MARDEN.

⁶ MARDEN, *Siempre adelante*, XIV.